

SIEMPRE ADELANTE

PEDAGOGÍA DE LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL TERESIANA

GEMA JUAN HERRANZ, OCD*

Fecha de recepción: octubre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: diciembre de 2014

RESUMEN

Teresa de Jesús entra en conversación con cuantos desean vivir una experiencia espiritual sana y positiva, enfocada hacia la libertad del amor. Propone un camino de crecimiento, de maduración e integración, basado en la confianza en Dios y en el ser humano. Ofrece una experiencia realista, posible para cualquiera que desee adentrarse en lo profundo de la vida. El artículo ordena algunas bases, pistas y consejos que, a lo largo de sus obras, da esta maestra del espíritu. Su amplia experiencia abre un gran abanico de posibilidades y anima a avanzar.

PALABRAS CLAVE: crecimiento, relación, confianza, gratuidad, libertad.

ALWAYS ADVANCING. PEDAGOGY OF THE SPIRITUAL EXPERIENCE OF TERESA OF JESUS

ABSTRACT

The teachings of Teresa of Jesus will speak to anyone looking for a healthy and positive spiritual experience, centered on the freedom of love. She proposes a path of growth, maturity and integration, based on trust in God and in fellow human beings. She offers a realistic experience, achievable by anyone who wishes to explore the great profoundness of life. This article presents various key concepts, indications and advice provided by this great spiritual teacher throughout

* Carmelita Descalza en el Monasterio de la Sagrada. Familia de Puzol.
<gemajuanh@gmail.com>.

her works. Her extensive experience opens a broad range of possibilities and encourages us all to advance along the path of spiritual growth.

KEYWORDS: growth, relationship, trust, gratitude, freedom.

Como si se pusiera a conversar con sus hermanas, cuando Teresa de Jesús inicia el libro de las *Moradas*, escribe: «Iré hablando con ellas»¹. De hecho, había empezado esa conversación mientras escribía *Camino de Perfección* y, antes todavía, había creado unas pequeñas tertulias, donde se reunía con algunos amigos para ayudarse mutuamente a caminar.

Siglos después, sigue conversando con quienes se acercan a su palabra y a su vida. Y con el mismo deseo, el de crecer: «Hacerse espaldas unos a otros los que le sirven [a Dios] para ir adelante» (V 7, 22).

Teresa es doctora de la Iglesia y maestra de espirituales, está reconocida como una de las grandes místicas de todos los tiempos... pero ha elegido un modo muy sencillo de enseñar: conversar con quien desea crecer. Está donde esté, se ocupe en lo que se ocupe, cualquiera que sea su forma de vida. «Convida el Señor a todos», así lo cree ella.

Y propone una experiencia abierta, aunque en absoluto indefinida. Con la sabiduría de quien ha encontrado el sentido de la vida y ha intuido algo del misterio profundo del ser humano y de Dios, comprende que «hay muchos caminos en este camino del espíritu [y que tal vez] acierte a decir de alguno de ellos algún punto» (F 5, 1).

Creer es ir hacia el centro de la vida y de uno mismo, ir hacia la claridad, la apertura y la simplicidad. Es iluminar cada vez más el propio interior y proyectar luz. Creer es elegir ser veraz, apostar por la autenticidad continuamente. Renunciar a afincarse y preferir abrir los ojos ante la realidad. Sobre ello conversa Teresa. Para ella, la vida es un camino de crecimiento, es «ir siempre adelante». Ese es su modo de entender la existencia: siempre es posible dar un paso más, avanzar y vivir mejor.

1. Las citas de las obras de santa Teresa están tomadas de las *Obras Completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2000⁵. Las siglas utilizadas son: C: Camino de Perfección, autógrafo de Valladolid; CE: Camino de Perfección, autógrafo de El Escorial; F: Fundaciones; M: Moradas; MC: Meditación sobre los Cantares; V: Libro de la Vida.

«Bien es tener conversaciones semejantes, que no ha de ser todo oración», dirá a su hermano Lorenzo. Conversar es la primera pista que da Teresa a quienes quieren caminar por las sendas del espíritu y a quienes acompañan a otros caminantes. Porque el camino espiritual consiste en crear un ser para la relación, en hacerse conversable².

1. Para no quedarse enano³

A punto de terminar el libro de las *Moradas*, su gran obra espiritual, Teresa pregunta: «¿Sabéis qué es ser espirituales de veras?». La pregunta sorprende a esas alturas; y, sin embargo, ella sabe que la respuesta no está tan clara.

Entonces avisa de que ser espiritual es una experiencia muy real, nada etérea. La aventura interior lleva a descubrir el tesoro más profundo del ser humano, y ese hallazgo hace ponerse de cara a Dios y a los demás, sin condiciones. Teresa enlaza con Jesús enseguida, porque en Él ha encontrado ese camino de comunión plena.

Ligada a Él, se enfrentará a algunas corrientes espirituales que decían que era necesario «huir de las [cosas] corpóreas» para avanzar en el espíritu. Teresa es rotunda: «A mí no me harán confesar que es buen camino» (6M 7, 5). Porque en ese camino había que dejar de lado a Jesús, su humanidad, su vida y su modo de ser Hijo de Dios en este mundo.

Por eso añadirá que no está la cosa «solo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas». Se trata de vivir en el amor, como Jesús, y no solo de palabra: «Ya sabéis que quien no crece, descrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay» (7M 4, 9-10).

Gratuidad, humildad, libertad, sinceridad, amistad... Teresa irá dando puntadas para explicar cómo se avanza. Acompañará las grandes palabras de pequeñas cosas y dirá: «Podrá ser... que digáis que estas cosas que he

2. Cf. C 41, 7. Hacerse amigables. «Mientras más santas, más conversables» quería Teresa a sus hermanas, para ser espirituales y poder acompañar a las personas con las que trataran.

3. Cf. 7M 4, 8-9.

dicho ya todas las sabéis... que lo sepáis de la manera que hace al caso, imprimido en las entrañas» (C 6, 4).

El crecimiento es hondura, está ligado al calado de la vida, a la profundidad que se va adquiriendo. Eso, y no el hecho de ir sumando años y logros, es lo que va dando madurez al ser humano. Se crece cuando lo que se sabe o se descubre se asimila interiormente, cuando se imprime en las entrañas y da forma a la vida.

Todo lo que Teresa dice sobre el camino espiritual va acompañado de un condimento: la discreción. «En todo es muy necesario discreción» –dirá–. El sentido común, la sensatez en todas las cosas. Ser «locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron», significa vivir con pasión, no a remolque ni con tibieza, pero nunca cegar la razón.

2. Un hilo para el camino: la determinación

En el crecimiento está en juego algo muy importante: una existencia con sentido. Y ahí reside el quid de la felicidad. Por eso, Teresa dirá con frecuencia que en esta vida se puede encontrar «un bien, adonde juntos se encierran todos los bienes» (V 18, 1), y que el ser humano está preparado para algo grande, «para gozar mucho».

Escribirá: «Eso tiene bueno este viaje, que se da más de lo que se pide ni acertaremos a desear» (C 23, 6). Crecer también es disfrutar y percibir lo bueno que hay en el trayecto de la vida. Y para ello importa mucho entender que el viaje tiene un hilo conductor, porque, sin una buena orientación, hay quienes «nunca acabarán de andar disgustados y tentados» (2M 7).

El crecimiento tiene un hilo conductor, se apoya en una decisión y se sostiene por ella: la determinación. Teresa dice que es lo que más importa, porque es clave para empezar, para mantenerse y para llegar al puerto deseado, al «puerto de luz», como lo llama ella.

A quienes quieren comenzar el camino espiritual «y no parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida... [dirá] que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación» (C 21, 2). Esa es la hebra que va hilando los pasos.

Se trata de una elección continua. De tomar una decisión y mantenerla día a día. Al camino espiritual no se entra por accidente o, si es el caso, se sale de pista inmediatamente. El viaje hacia lo profundo es precioso pero costoso, porque implica un fuerte cambio de rumbo vital, que cuesta sostener.

Es hacer opciones cotidianas, elegir no abandonar el camino «venga lo que viniere... trabajase lo que se trabajare... siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo». Determinación es una elección de ruta, lúcida y constante, dejando de lado atajos ficticios.

Determinarse es una cuestión de gratuidad y no de empecinamiento o voluntarismo. Y la gratuidad es un «amor sin interés». Quien entra en ese camino, lo que ha de hacer es «trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios» (2M 8).

Este es el hilo, una elección de amor que no es de palabra, sino hecha con toda verdad y confirmada por obras⁴. Es entrar sin reservas en el camino y no «como quien presta una cosa para tornarla a tomar» (C 23, 1). Determinarse es abandonar la ambigüedad. Dejar de buscar el gusto personal y el provecho propio por encima de lo demás. Se trata de no ser «interesal de deleites».

Teresa invita, para ello, a una «santa osadía». Determinarse frente a la cobardía interna que achica y ante las presiones o dificultades externas que pueden encoger. Decidirse a «no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios» (V 40, 3), aunque el camino no resulte como se espera. Determinarse muchas veces, como quien hace un ejercicio de gratuidad habitualmente.

Este hilo da continuidad y soporte al crecimiento y hace posible «llegar a muy gran libertad de espíritu» sin perderse, porque da una dirección íntima.

4. Cf. MC 1, 6.

3. «A los que van por este camino»: avisos y consejos

A los que deciden ir por los caminos del espíritu, Teresa les va a dar algunas pautas, unos «avisos y consejos» que sirven de guía para crecer.

3a – «Alegría y libertad»

Lo primero que avisa es: «Procúrese a los principios andar con alegría y libertad» (V 13, 1), porque «las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza» (1M 2, 8). ¿Cómo? Con dos motores que han de funcionar a un tiempo.

En primer lugar, es importante pensar en Jesús, en su vida y en su amor a todos, porque eso «muévenos a gozo». Por eso, dirá: «Siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes... que amor saca amor» (V 22, 14).

Teresa sabe que «si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar» (V 10, 4) y que Dios es todo bondad y «no está deseando otra cosa, sino tener a quien dar» (6M 4, 12). Por eso es bueno «considerar qué tan gran Dios y Señor tenemos» y alegrarse de ello.

El segundo motor es el conocimiento propio. Si conocer a Dios regala una alegría indestructible para caminar, conocerse a uno mismo otorga mucha libertad.

Teresa explica que la persona «tiene muchas coberturas que todo lo sabroso cercan... y no entendemos los grandes secretos que están en ella»⁵. Es una criatura preciosa por ser imagen de Dios, a la vez que está estropeada por «andar por casas ajenas», fuera de su propio centro, donde habita el mismo Dios.

Conocerse es entender que todo es recibido; que «si tiene algún bien, es dado de Dios». Teresa recomienda un juego de miradas para conocerse: ir «mirando lo que su Majestad hace con ella y tornándose a mirar a sí, ¡cuán poco sirve para lo que está obligada!, y eso poquillo que hace, lleno de faltas y quiebras y flojedad» (6M 5, 5).

5. Cf. 1M 2, 8 y 7M 1, 1.

Ese juego es liberador porque va deshaciendo las capas más externas y ayuda a no aferrarse a la propia imagen. Así, la alegría de ir conociendo a Dios se convierte en libertad: «como va más conociendo su grandeza... como ha probado ya los gustos de Dios... no dejará de ir creciendo» (4M 3, 9).

Resumen de todo esto es lo que Teresa escribía a su amigo Sancho Dávila: «Siempre vaya vuestra merced entendiendo las mercedes que recibe de su mano para que vaya creciendo lo que le ama, y déjese de andar mirando delgadeces de su miseria, que a bulto se nos representan a todos hartas, en especial a mí». Mirarle a Él para que crezca el amor y no enredarse en exceso en uno mismo: así se logra alegría y libertad.

3b – «Ánimos animosos»

El buen ánimo y cultivar una mentalidad positiva son otras dos cosas necesarias para crecer. «Es menester no estén los espíritus amedrentados», dirá Teresa. Para ello recomienda humildad y memoria.

– *Humildad.* «Importa mucho –dice al hablar de la humildad– porque es el ejercicio principal de oración» (C 17, 1); es indispensable para crecer. Humildad es «andar en verdad» (6M 10, 7), y andar así regala ánimo y tranquilidad para todo. Es entender de Dios y de uno mismo en verdad, rehusar el autoengaño y el juego de apariencias y fiarse de verdad de Él.

Es capital entender bien la humildad, porque, mal entendida, puede bloquear todo el camino y hacer «mucho daño para no ir muy adelante... haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos» (V 13, 4). Por eso, Teresa promueve la humildad como un sano ejercicio de abandono y empeño: «Tener gran confianza y no desmayar, ni pensar que, si nos esforzamos, dejaremos de salir con victoria» (V 31, 18).

Enseguida, da pequeñas pautas: «Estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere... dejar hacer al Señor» (C 17, 6-7). Y también: «Se deje de unos encogimientos que tienen algunas personas y piensan es humildad» (C 28, 3), porque –como le diría a su querido Gracián– «un alma apretada no puede servir bien a Dios».

– *Memoria.* El «ánimo para cosas grandes» nace de saberse bendecido. Teresa insiste en la necesidad de andar «mirando las muchas mercedes»

que Dios hace continuamente, porque eso da fuerza y libertad para crecer. Traer a la memoria el amor.

El ánimo crece recordando que está «Dios dentro de nosotros mismos», que en el interior «hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación..., que lo que vemos por de fuera» (C 28, 10), no estamos huecos. Y el huésped divino «viene con nosotras a estar y a comer y recrear», por puro amor y por favorecernos.

Teresa pide también una memoria de futuro: recordar «la fuente de vida» hacia la que se camina, «para que no os congojéis del trabajo y contradicción que hay en el camino, y vayáis con ánimo y no os canséis» (C 19, 14).

Por lo mismo, es necesario seguir aunque se tropiece y no derrumbarse cuando las cosas no van bien: «No os desaniméis, si alguna vez cayereis, para dejar de procurar ir adelante; que aun de esa caída sacaré Dios bien» (2M 9).

«Que siempre vuestros pensamientos vayan animosos»: esa es la consigna. Y por eso dice: «Si tenéis confianza en Él y ánimos animosos, que es muy amigo su Majestad de esto, no hayáis miedo que os falte nada» (F 27, 12).

3c – «Lo que podemos»

Otra clave para caminar es descubrir «lo que podemos». Es importante, porque para crecer es necesaria una *receptividad activa*. Teresa hace un resumen apretado de esta idea cuando habla de «tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco... podremos llegar» (V 13, 2) adonde deseamos.

Podemos, es posible, el camino siempre está abierto para dar otro paso... Teresa inculca paciencia, porque «nada se aprende sin un poco de trabajo», y a veces hay que hacerse un poco de fuerza. Pero animará a hacer en cada momento lo que es posible, lo que más despierte a amar⁶, y por ahí, se irá comprendiendo los pasos que hay que dar.

6. «Lo que más os despertare a amar, eso haced». 4M 1, 7.

4. «Hacer costumbre»: un hábitat

Teresa no prepara un programa detallado ni una fórmula para crecer, sino que crea un espacio y da herramientas. Propone condiciones para avanzar, para que no se estanque el crecimiento. Hablará de «costumbres para ir muy adelante», porque generan algo muy positivo, un hábitat en el que crecer.

Hay una serie de hábitos, «cosillas, remedios, costumbres», que pueden ir forjando el carácter –Teresa piensa en el personal y en el comunitario–. Son direcciones interiores que encauzan los deseos y hacen crecer, que crean un talante humano nuevo, basado en educar la capacidad de elegir.

Esas «cosas poquitas» se pueden ir escogiendo y son importantes para construir el edificio interior, porque –como explica Adela Cortina⁷– las elecciones modifican la propia realidad, en la medida en que se incorporan y hacen carne de uno mismo. Así se va adquiriendo una identidad propia, sin la cual no puede existir relación, cimiento del ser humano.

Se trata de cosas realizables, que están al alcance de todos, primerizos y veteranos; y, además, unas pueden llevar a las otras, porque «de cosas muy pequeñas se pueden... acostumbrar para salir con victoria en las grandes» (C 15, 3).

4a – «Soledad»

Desde el principio del camino, Teresa explica que es necesario ir acostumbrándose a estar en soledad, para poder entrar en contacto con el propio ser, para percibir la presencia de Dios y para tomar la propia vida en las manos. La soledad es indispensable para tener solidez y vivir con coherencia.

Al principio del camino, invita a «procurar soledad y silencio»; al final dirá que en lo profundo del ser humano, donde está Dios, «solo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio» (7M 3, 11).

7. Cf. A. CORTINA, «Una ética estructuralista del carácter y la felicidad»: *Isegoría* 15 (1997), 101.

El arco que recorre la soledad abarca la vida entera. Es elegida, nunca impuesta, y eso aunque, en ocasiones, elegirla implique hacerse «un poquito de fuerza». Progresivamente, se va entendiendo «lo mucho que importa este entrarnos a solas con Dios» (C 35, 1), y también se va disfrutando.

4b – Atención

Teresa vivió en un siglo reglado por varones y en una Iglesia que se regía a base de normas. Comprendió que no eran las reglas ni las leyes lo que permitía avanzar en la autoconciencia y la responsabilidad personal, en las que se basa el crecimiento. Por eso reclamaba constantemente un ejercicio de atención.

Buscaba potenciar la implicación voluntaria, la capacidad de aplicarse y el desarrollo de aptitudes internas. Por eso, la idea de la atención aparece desmigada a lo largo de sus escritos y se convierte en una costumbre muy amplia: «tener cuidado... andar con aviso... siempre velar... no nos descuidar poco ni mucho... andar con gran advertencia».

Como veía Simone Weil, la atención es amor⁸ y –como diría ella– es la forma más rara y más pura de generosidad. De modo que la atención, que Teresa resume con un «despertar muchas veces», es condición de crecimiento.

4c – «Cosas menudas»... que no lo son tanto

Hablará Teresa de «otras cosillas que también importan harto, aunque son menudas» (CE 17, 1). Por ejemplo, de la costumbre de hacer pequeños «actos amorosos», porque avivan el paso y mantienen el deseo. Dirá que son «unas pajitas puestas con humildad». Y cuenta cosas suyas, cuando procuraba no ocultar su torpeza o ignorancia, o pequeños servicios anónimos, generosidades inapreciables. «Poquedades» –las llama– que ayudan «para cosas mayores»⁹.

8. Cf. E. ALADRO VICO, «Walter Benjamin-Simone Weil: una teoría de la atención»: *CIC Cuadernos de Información y Comunicación*, n. 4: Retórica (1998/99), UCM, 56.

9. Cf. V 31, 23-24.

También apunta la costumbre de enmendarse, para que las faltas «no echen raíces, que serán más malas de arrancar» (MC 2, 18). Que está muy ligada a la de no tomarse demasiado en serio, ser capaz de reírse de uno mismo sanamente: «algunas veces me río y conozco mi miseria –decía–, consciente de la lucidez que ello aporta.

Teresa va proponiendo cosas que alientan el crecimiento e iluminan la presencia de Dios; costumbres sencillas que pueden ayudar a adquirir otras que parecen más costosas, como por ejemplo la de andar «procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas» (V 31, 22), que hace dar grandes pasos.

Cuando habla de habituarse a «contradecir en todo nuestra voluntad» (C 12, 3), avisará de que parece mucho rigor. Y al abordar la insana costumbre de andar siempre justificándose, dirá que parece imposible superarla, que es dificultoso, pero que se puede lograr esa libertad.

Teresa incide en la alegría que se experimenta al ir transformando en amorosa, la voluble voluntad. Porque se trata de sobreponerse, para no vivir dominado por el ego y por las propias necesidades. Son esfuerzos que aligeran de equipaje, como cuando dice: «En comenzando a vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto» (C 11, 4). No es descuidar lo necesario –menos aún, afligir–; es aliviar la propia carga.

4d – Enamorarse

Entre todas las costumbres que Teresa recomienda, hay una especial que, de algún modo, alberga al resto: «Acostumbrarse a enamorarse» (V 12, 2). El fin del crecimiento es la armonía, y esta se realiza a través del amor.

Teresa aborda este tema desde muchos ángulos. Enamorarse no es una cuestión meramente afectiva y sentimental, sino que toca todos los resortes del ser. El corazón y el pensamiento, la mirada y la presencia..., todo se encuentra en esta costumbre: enamorarse de «esta preciosa compañía», del vecino íntimo, amigo y compañero: Jesús. «Miraos al corazón... si tomáis esta costumbre de estaros con Él» (CE 61, 9)... «Si os acostumbráis... no os faltará para siempre; ayudaros ha en todos vuestros trabajos; tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?» (C 26, 1). Teresa conoce el aliento y la fortaleza que nacen de esta costumbre.

Para adquirirla desgranará un rosario de posibilidades. «Entrar dentro de sí... hacer un poquito de fuerza a recoger siquiera la vista... volver los ojos del alma... mirarle dentro de sí». Porque para enamorarse de verdad hay que habitar la propia intimidad, acercarse al interior; hay que «tomar amor a estar en su casa» (C 26, 10).

La vida humana trae de todo, y las ocupaciones, responsabilidades e inquietudes cotidianas pueden absorber mucha energía. Pero no es eso lo que causa zozobra en el amor; en todo caso, la produce el descentramiento. Teresa sabe que es posible la comunión profunda en toda circunstancia y aconseja «en las mismas ocupaciones retirarnos a nosotros mismos [y recordar] que tengo compañía dentro de mí» (C 29, 5).

«Poned los ojos en vos y miraos interiormente, como queda dicho; hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará» (C 29, 2). Este es el resumen de la mejor costumbre teresiana. Alguien nos espera en lo profundo, es amigo y maestro, y con Él se puede crecer.

5. «Trampantojos»

Aunque el crecimiento tiene una regla de oro que cubre toda la experiencia espiritual y le da cohesión, Teresa se va a detener a explicar algunas cosas que estancan, desvían o impiden avanzar. Sabe que no es difícil equivocarse, porque «esto interior es cosa recia de examinar» (5M 1, 7), y hay cosas que no saltan a la vista, sino que piden mucha lucidez.

La regla de oro que autentifica el crecimiento es el amor al prójimo: amar lo que Dios ama y como Él ama. Es la medida del evangelio, y Teresa la asume, hasta el punto de decir: «Si entendiéis lo que nos importa esta virtud, no traeríais otro estudio» (5M 3, 10).

Pero no es difícil hacer «borrones pensando que es santidad» (F 19, 1) y descuidar la única regla que debe informar todo. Uno de los errores que emborronan es el exceso de seguridad, que puede crear espejismos. Es la buena intención sin discreción, la falta de experiencia para reconocer los peligros, junto a una ingenua confianza en uno mismo¹⁰.

10. Cf. V 19, 14.

Avanzado el camino, Teresa alertará del engaño de ese exceso a quienes creen «que no tendrán que temer ni que llorar sus pecados... porque el dolor de los pecados crece más mientras más se recibe de nuestro Dios» (6M 7, 1). Es decir, al madurar, crece la conciencia de la propia finitud y de la misericordia que la envuelve.

Por eso dará otro consejo para no tornar muchas veces atrás: «Crear que para aquellos con quien conversa le ayudará Dios, y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes» (V 7, 22). Buscar compañía para caminar, maestros del espíritu con los que discernir, otros caminantes con los que compartir y contrastar. «No fiar [solo] de sí» será también confiar en los demás.

Otra trampa del camino es medir lo que Dios debe «pagar» por el tiempo o los servicios realizados. Es sutil y acecha incluso donde hay humildad, piensa Teresa. Por eso escribirá: «Cualquier espiritual que le parezca que por muchos años que haya tenido oración merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto que no subirá a la cumbre de él» (V 39, 15). Es el envés de la gratuidad, y sin ella es imposible crecer.

Para Teresa existe un gran «tóxico»: la honra. «Honra» es vivir de cara a la galería, depender de la propia imagen, buscar reconocimiento, creer que los demás nos deben algo, sentirse fácilmente ofendido o desvalorizado... Es como una oruga, capaz de carcomerlo todo.

Dirá: «La misma honra se pierde con desealarla, en especial en las mayores, que no hay tóxico en el mundo que así mate como estas cosas la perfección» (C 12, 7), es decir, el crecimiento. Esa honra ata; impide crecer, porque ciega.

Avisará también del obstáculo de enredarse con uno mismo¹¹. Dará una serie de consejos para no quedar atrapados, porque «si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente». Hay que «volar», dejar ir la mirada hacia Dios, que es donde el ser humano se ve realmente a sí mismo. «Mirando su grandeza... mirando su limpieza... considerando su humildad», se descubre sanamente la propia medida y la inmensa posibilidad de ser.

11. Para todo este punto: 1M 2, 8-13.

Y un último «atolladero», según Teresa, es el de querer controlarlo todo. Por supuesto, a Dios, que debe responder según el propio criterio; pero también a los demás, de modo que se les juzga desde la corta visibilidad que se tiene. Dirá: «Dejemos hacer al Señor, que hay algunas personas que por justicia parece quieren pedir a Dios regalos» (C 18, 6).

Andar así hace desandar, porque no se le deja a Dios guiar el camino. Y, además, entrapa el amor, porque se cae en «juzgar a otros; como no van por vuestro camino» (C 41, 6) y en «andar mirando en las otras unas naderías» (1M 2, 18) para reprobadas. En definitiva, se pierde la intuición del misterio que es Dios y cada ser humano.

Conclusión

Dice Teresa que este camino es tan bueno que un solo paso es mucho y que, «aunque no vaya después por el mismo camino, lo poco que hubiere andado de él le dará luz para que vaya bien por los otros, y si más andare, más» (C 20, 3).

La experiencia espiritual que propone es positiva, sana y sanadora. Rehace a quien se adentra en sus caminos. No apresura ni obliga, pero ofrece posibilidades inagotables de alegría y profundidad. Ilumina la vida cotidiana, difunde claridad y brinda sentido, porque es tan realista como abierta. Para Teresa, el crecimiento no tiene techo.

Creer espiritualmente es crecer en la libertad del amor. Por eso, Teresa invita a «ir comenzando siempre de bien en mejor» (F 29, 32). Donde quiera que cada quien esté, puede retomar el camino y crecer, puede avanzar e «ir siempre adelante».